

HOMILÍA DEL DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO – S. A. I. CATEDRAL DE CÁDIZ
Ez 2, 2-5; Sal 122, 1-4; 2 Cor 12, 7b-10; Mc 6, 1-6

8 de julio de 2018

Cuando uno lee los Evangelios de manera continuada se da cuenta enseguida de la sorpresa, la expectación que crea Jesús allá por donde va. Y es lógico que sea así: le siguen las multitudes, escuchan sus palabras consoladoras, hace milagros portentosos, cura a los enfermos, libera a los endemoniados... La muchedumbre no le deja parar quieto en ningún lugar, pidiéndole su consuelo, su sanación. Cuando llega a un sitio, su fama lo precede, y con razón, pues no hay nada igual en su tiempo. Unos de los rasgos más destacados de Jesús era que enseñaba con autoridad (Cf. Mc 1, 21-28), decir, con una coherencia inusitada que no se apreciaba en los maestros de la época – escribas, fariseos- Su persona, la de Jesús, en todas sus dimensiones, también en su actuar, estaba ligada a la verdad de modo que sus hechos, a veces más portentosos, otras veces más sencillos, consolidaban y reafirmaban sus palabras. El Reino es su persona, y no sólo lo predicaba, sino que acontecía en consuelo, liberación, sanación allá por donde pasaba.

Pero Jesús es de su pueblo, y en un momento determinado vuelve allí para enseñar. También se generan expectativas, pero a la inversa. Se encuentra con una terrible resistencia que se expresa con estas palabras que escuchamos en el evangelio que hemos proclamado: “¿no es este el hijo del carpintero?” Le han visto por las calles, no surge de la escuela de los fariseos. ¿Qué le da derecho a enseñar? ¿De dónde saca lo que sabe? Y esta misma pregunta queda latente después de haber escuchado la Palabra de Dios.

Cualquiera acaba asombrado preguntando: ¿y éste quién es? Porque Jesús, Dios hecho hombre, esconde verdaderamente el mayor misterio. Es el hijo del carpintero: ¿cómo hace estos milagros? La pregunta por Jesús que late en todo el Evangelio –muchas son las escenas que recordamos- al final acaba resolviéndose en palabras del centurión romano que le atraviesa con la lanza: “verdaderamente este era el hijo de Dios” (Mc 15,39)

Pero es la pregunta que todo el que no conoce al Señor y se encuentra con Él se hace. Suscita en la persona no solamente más preguntas, sino una mayor respuesta, porque uno no se puede encontrar con Cristo el Señor, con sus palabras, y quedarse igual sin conmoverse ni responder, pues sus palabras son siempre una llamada que invita a una respuesta de relación con Él.

Pues bien. La reacción de sus conocidos es opaca: ¿qué nos vas a contar tú, si sabemos todo de ti? Y dice el evangelista, para que vayamos a lo profundo de la escena, que Jesús no pudo hacer allí ningún milagro, porque no encontró fe: “se admiraba de su falta de fe”.

¿Qué os parece? ¿Se acabo esta situación allí o se repite? Es una pregunta retórica, ¿verdad? Esta situación se repite siempre frente a Cristo: es un hombre más, ¿por qué la Iglesia?, ¿qué me van a contar a mí? Se repite por supuesto en un mundo que podríamos llamar post-cristiano. En las sociedades en las que hemos vivido, por supuesto en el claroscuro del pecado, con una fe fuerte, firme y expresada de distintas maneras, como una incuestionable realidad que era capaz de mover los corazones de los creyentes, hoy se repite de una forma muy gris. Parece como que en muchos lugares evangelizados nos ha entrado como la apatía ante las palabras de Cristo. Otros hablar de *cristofobia*, lo cual adquiere connotaciones de ataque frontal, de persecución: no se puede hablar de Cristo, hay que ocultar la imagen de Cristo, quitar las cruces de la vista.

Pero incluso los que tenemos fe, parecería que muchas veces nos situamos, ante la palabra del Señor o la Iglesia, como los del pueblo de Jesús: ¿qué me van a contar a mí que ya me lo sé todo? Si yo ya he escuchado todas las catequesis del mundo, si ya he hecho todas las Novenas y Triduos habidos y por haber ¡Si yo ya me lo sé! Pero, no soy capaz de aceptar a Jesús desde el fondo de la conciencia para decir como repetíamos en el Salmo: “Nuestros ojos están fijos en el Señor, esperando su misericordia”; Señor, espero en tus palabras ¿qué tienes que decirme a mí, en qué disposición puedo esperarlo todo de ti?

Es duro decirlo, no cabe duda, porque nos asemeja a la situación que contaba la Primera Lectura del Libro del Profeta Ezequiel. Es como el prelude de lo que después le pasaría a Jesús en su pueblo. Dios a través del Profeta habla a su pueblo diciéndole: “es un pueblo rebelde que se ha rebelado contra mí” son “testarudos y obstinados”, no escuchan al Señor. Aplicar esto a nosotros mismos no es seguramente, pensaréis, totalmente justo. Yo creo que podríamos entenderlo bien sin que nadie se sienta molesto ni ofendido. Me contentaría con que se sintiera conmovido, interpelado, llamado por el Señor. Yo lo pienso por mi mismo antes que por vosotros. Pero cuántas veces cae en saco roto la gracia de Dios, cuántas veces escuchamos una y otra vez la llamada de Dios, cuántas veces escuchamos los mismos evangelios que nos dejan impertérritos. Y cuántas otras veces simplemente nos desanima la frialdad del mundo o de nuestras situaciones vitales. En este sentido es una joya escuchar estas palabras breves que escuchábamos de San Pablo, el Apóstol incansable, el apasionado amante de Jesucristo que le predica sin cesar, que se gasta y se consume y entrega su vida por llevar a Cristo a todas partes, que hace todos los kilómetros del mundo que se puedan hacer solo por prender con el fuego de la fe distintas comunidades, llegando así al mundo entero el Evangelio, de modo que probablemente por ello nosotros ahora somos cristianos. Pero él también encuentra resistencia. Estas palabras son ciertamente enigmáticas para nosotros. Experimenta como “un agujón” en el transcurso de su misión. Pero da gracias a Dios por su debilidad: “presumo de mis debilidades.” Pero ¿quién presume de sus debilidades?, más bien debería de ser todo lo contrario: ocultamos nuestras debilidades, huimos de nuestras dificultades. Presumo y doy gracias a Dios por las dificultades que encuentro, nos encontramos en el pensamiento de San Pablo, “porque cuando soy débil entonces soy fuerte.”: porque se hace presente el poder de Dios. No es por él, sino porque así se ve más claramente que es Dios quien actúa.

Nosotros tenemos que superar todas las resistencias. Se han especulado muchas interpretaciones sobre el pasaje de la Segunda Lectura: incluso se ha dicho que San Pablo podría referirse a una especial debilidad física, incluso a sus debilidades morales. Habla más bien de esa resistencia que tiene la predicación: aquella resistencia continua en los judíos, en las sinagogas, saliendo muchas veces maltrecho. Y San Pablo da gracias, presume de su debilidad, que es incapaz de resistir: le gustaría, por supuesto, no tenerla.

Esto es muy valioso para nosotros, porque el Señor nos sigue llamando, y quizás la dificultad más grande la podemos tener dentro de nosotros, no tanto en el seguimiento de Cristo, sino en nuestra pereza, nuestra apatía, o en nuestra costumbre, a la que nos hemos habituado, en una rutina que nos lleva a una cierta mediocridad. Pero quizás es posible que también nos desalienten las dificultades en la vida. Hablo por ejemplo de los padres en la educación de los hijos, o cuando tenéis que intervenir en la vida pública, en la educación, la política, la empresa. A veces defender un criterio cristiano parece fuera de lugar. Para algunos parece que todo se complica y es muy difícil.

Realmente, dentro de nuestra Iglesia universal (por eso es Católica), deberíamos de mirar a tantos hermanos nuestros que viven tantas dificultades durante momentos tan prolongados. Cuántos lugares de China, África, América, donde hay tantos cristianos perseguidos que dan valerosamente testimonio de su amor a Cristo y a los hermanos.

Es evidente que no vamos a buscarnos las dificultades. Pero nuestra respuesta, si es desde el amor de Jesucristo, tiene que hacernos ver y apreciar a Cristo que pasa a nuestro lado todos los días y que nos pide salir de nosotros mismos y afrontar nuestra misión. Decía San Agustín, "*Timeo Iesum transeuntem*" (Serm., 88, 14, 13). Temo el paso de Jesús junto a mí. Porque pensaba realmente que podía pasar por su lado y él no darse cuenta, dejándole ir y también su gracia, cayendo ésta en saco roto.

Hoy nosotros tenemos que decirle al Señor: que no puedas decir de mí que no tengo fe para escucharte, que no puedes hacer los milagros que quieres, ni en mí, ni en mi entorno, ni en mi familia, ni en el mundo porque sea opaco, frío a tu respuesta, porque vaya de listo en la vida de Cristo, ya me lo sepa todo y no sea capaz de escuchar cada día la novedad que tienes para mí.

Que sepamos afrontar las dificultades con verdadera humildad, porque la vida cristiana, las misiones, la vida de los santos, no se ha hecho precisamente por el valor de la persona más cualificada, sino por la docilidad a la gracia de Dios, por un amor generoso y grande dispuesto a ser instrumento para que de nuestra debilidad florezca y se haga presente la gracia y el poder de Jesucristo. Amén.